

PILAR ADÓN

# De bestias y aves

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2022

© Pilar Adón, 2022  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B 10795-2022  
ISBN: 978-84-19075-45-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A mi padre. Él sabe por qué.*

«Es ya hora de despertarnos del sueño.»

ROMANOS 13:11

«Somos los pájaros que se quedan.»

EMILY DICKINSON

«Vive oculto.»

EPICURO

En Betania no había teléfono. Así que nada de llamadas. Nada de mensajes. Nada de saludos ni de disponibilidad absoluta para cualquier idea que implicara una exposición, una charla, un debate, un traslado en tren o en avión. Había empezado a hacer una bufanda pensando en Zinaída y su ovillo de lana mientras andaba por el pasillo, se sentaba en un sillón y volvía a levantarse. Se apoyaba en una puerta, bajaba al sótano para comprobar cómo seguía todo y regresaba a la planta de arriba atenta al sonido de una sierra eléctrica, a pesar de que le habían dicho que en la zona estaba prohibido talar árboles. Avanzaba sendero abajo en dirección al lago, planificando su siguiente paso, deslumbrada por el cielo azul, sin que nadie le hiciera caso ahora que las circunstancias habían cambiado. No obstante, debía seguir poniendo atención en lo que hacía, aunque no de una manera tan estricta. Los insectos ocultos bajo las hojas. Los objetos metálicos que brillaban en los márgenes del terreno, junto a los postes y la alambrada. Con una actividad que era un indicativo de su buen estado mental, creía. Una prueba sólida que venía a demostrar que si había decidido seguir allí, si había dejado de buscar una salida, un teléfono o un coche con gasolina, no se debía a que se encontrara en un momento depresivo ni delirante sino a que había optado por

ser fuerte y esperar una nueva señal. A que había un antes y seguramente habría un después, pero sobre todo a que en el ahora lo que quería era repetir el encuentro. No defraudar a nadie.

De qué podría servirle pasar horas ante un cuadro o un teclado cuando tendría que estar sumergiéndose, aprendiendo a convertir en nutrientes el agua y generar oxígeno. Toda una vida de formación, lecciones y trabajo para llegar a su edad y descubrir que lo único que importaba en el mundo era el agua, vivir en ella. Generar oxígeno.

En la que fue su última muestra pública se había presentado habitada por la gracia, pero nadie pareció darse cuenta. Los pigmentos ocres de piedra habían empezado a manifestarse en la piel, tal vez porque llevaba días sin ducharse. Aunque una ducha tampoco le habría servido de mucho. Lavarse los dientes. Lavarse el pelo. Suavizarse el pelo. Teñirse el pelo. Cambiarse de ropa. Los demás dirían que se había paseado por allí, entre ellos y ante ellos, como una bestia, en un estado salvaje, como una criatura primitiva. Con un aspecto innecesariamente desarreglado que venía a evidenciar que no estaba bien. Que había renunciado a hacerse cargo de su propia conducta. Que necesitaba ayuda pero seguía negándose a admitirlo. Y eso que todavía no había metido los cuadros en el maletero. Y eso que aún no llevaba el saco de algodón con bolsillos que ahora tenía puesto, tan fácil de hacer como de deshacer. Y eso que aún no se había dejado el móvil en casa ni había empezado a conducir por la autopista a 130 kilómetros por hora. 90 por las carreteras secundarias. Absorbiendo semillas, raíces, insectos, hojas de plantas y bayas. Resultaba más sencillo gozar de fortaleza mental cuando se estaba descansada, cuando se comía de

forma adecuada. Cuando la cabeza no le repetía todo el tiempo que su cordura dependía de su firmeza a la hora de deshacerse de unos retratos que ella misma había pintado. Le era más fácil entonces no tener miedo de los lienzos ni de las historias que contaba en los lienzos.

El miedo a los cuadros, a lo que representaban sus propios cuadros, sólo podía ser consecuencia de un agotamiento que llevaba a la obsesión y a la manía. Pero ahora todo era diferente. Y sería incluso más diferente cuando se hundiera otra vez en el agua cubierta de gris. Ese velo que le envolvería el cuerpo de manera uniforme y que terminaría transformándose en verde. Ceniza y hierba.

Ahora estaba allí, en una casa a la que iba a desembocar el camino de tierra que recorría toda la extensión del llamado tramo de Betania (aunque había quien lo recordaba como el tramo del Colono) y que seguía invadida por las hormigas a pesar de lo avanzado de la estación. Si estaba bien allí, debía pensar que estaba bien y no sentirse culpable. Y ahora estaba bien allí. Con los pies en tierra firme. Después de haber vivido siempre alerta, sin bajar la guardia. Sin confiarse. Al tanto de que no había mejor antídoto que el del cuidado. La precaución. La atención. El establecimiento de una disciplina correcta y continuada. Porque nunca se avanzaba lo suficiente. Nunca. Y había que estar preparada. Levantarse cada día sin impacientarse y dejar transcurrir las horas sin fluctuar, subir y bajar, apartando de la imaginación todo recelo.

Todo eso cambiaría. Ya estaba cambiando. A fin de cuentas, aquel podía ser su lugar. A veces sucedía que se encontraba el espacio propio, el predestinado para cada

persona. El rincón de tierra, barro y árboles en el que dejarse llevar. De una ventana a otra. Hacia la cocina, las chimeneas. Tomando apuntes a lápiz. Saliendo al porche para fijarse en la parte de terreno que la rodeaba, el paso del tiempo y sus sombras. Repitiéndose soy compasiva. Soy universal. Soy absoluta. Soy compasiva. Soy universal. Soy absoluta. Una reiteración asociada al rito. A la celebración de un ceremonial en el que se reproducía la misma fórmula como si se tratara de un himno o un poema. Sin detenerse a considerar su sentido. Sin reflexionar acerca de la relación que pudiera existir entre las palabras. Sin esfuerzos de memoria.

Así se comportaba una de las mujeres de Betania. La que se llamaba Coro.

Aunque también se llamaba Mag. Y Mae. Resultado de la idea de sus padres de ponerle varios nombres y de dirigirse de distintas formas a una de las niñas que habían llegado a su universo para decorarlo un poco más y rellenarlo de un material distinto. Pretendiendo que respondiera cada vez que la llamaban, se refirieran a ella como Coro, como Mag o Mae. En función del día. En función de cómo amanecieran. De qué hubiera para desayunar y de qué hubiera que celebrar. Dependiendo de cómo estuviera el padre. De si salía o no de su estudio. O de cómo cantara la madre en el cuarto de las plantas. De los múltiples estados de ánimo de las distintas personas que se movían a su alrededor. Cada una con sus razonamientos y cada una con sus códigos.

A veces Coro. A veces Coro Mae. A veces Coro Mag.

Esa tarde y esa noche, Tresa y ella harían mermelada ahora que disponían de kilos de tomates. Ahora que iban recuperando las rutinas de la casa. Se habían asentado en

una tierra que podía mostrarse generosa, y no permitirían que nada se echara a perder.

Comer: bien. Caminar: bien.

Descansar: bien. Dormir: bien.

Dibujar: bien. Bucear: bien.

Y evitar el conflicto a toda costa. El desequilibrio.

–¿No tiene sed? –le preguntaba Tresa.

La hiedra. La mesa redonda de piedra. Los maceteros dispuestos en línea.

Ahora también ella estaba allí, compartiendo la casa con las demás. Haciendo mermelada de tomate y decorando con dibujos de frutas, hojas de árboles y siluetas de insectos los tres tazones que se había propuesto terminar esos días. De un total de doce. Todos distintos. Con el borde superior delimitado por una fina línea negra que resultaría más fácil de trazar con el torno que le habían colocado en un rincón. Encerrada en la habitación que habían convertido en su estudio, con los pinceles finos para las patas de unos invertebrados de cuerpo redondo y las alas de un color rojo intenso con puntos negros. Armonizando perfiles y tonos. Dejándose llevar por la certeza de que nadie iba a contemplar su trabajo. Ningún crítico que lo analizara ni lo juzgara. Nadie lo iba a comprar y nadie que no fuera ella o alguna de las mujeres de la casa iba a usar ninguno de esos tazones sobre los que trazaría libélulas de color verde y de color azul, con los ojos casi juntos, dos pares de alas horizontales y transparentes y un abdomen alargado. Para embutir en su interior un chocolate que también harían ellas.

–Qué cambio, ¿eh? –se preguntaba.

Hablando en voz alta consigo misma.

–¿A qué hueles?

Ante lo que podía hacer un gesto de extrañeza.

–Será el humo.

—¿Qué humo?

—El del fuego. Las chimeneas que estén encendidas.

—No. Es otra cosa. Hueles a algo fuerte. Como a una hierba.

—Dos hierbas.

Y se echaba a reír.

Una risa que podía parecer artificial. Fingida. Porque estaba físicamente sola. Pero que era una risa natural. Tan efusiva y cordial como se sentía ella esos días. Al tanto de que no estaba sola. Y de que el agua era el principio básico. Que ahí residía todo. La esencia. Lo más importante de la vida. Y allí, en aquella casa, contaban con agua en cantidades más que suficientes para mantener a las personas que se habían quedado en Betania. Ahora formaba parte de la tierra. Estaba en ella. Y cuando se detenía y cerraba un ojo para delinear con el índice el perfil de la roca que, como un cuerpo plano, rompía el azul del cielo en la cumbre, se decía que debía terminar bien lo que había empezado. Era su responsabilidad. Porque ahora pertenecía a la tierra y vivía en ella desde el amanecer hasta que el sol se ponía, cuando ya era imposible ver nada. Aunque incluso entonces avanzaba entre las ramas caídas, las hojas secas, los restos de madera de las estacas del vallado, los sobrantes de la malla, intentando no abrirse la piel, no caerse.

Al principio había calculado las horas que llevaba en la casa. Sin ducharse. Sin ayudar en la cocina ni en la limpieza de los suelos. Estaba en su sino analizar cada incidente como si fuera el único. Cada día como si fuera el único. Cada llegada y cada partida. Cada palabra. Cada actitud ante los sucesos más triviales. Pero todo lo que sabía entonces era que tenía que dibujar. Eso era lo que se esperaba de ella. No obstante, los primeros días tampoco dibujaba. Le dolía la muñeca. Como si hubiera

empezado a estropearse en aquel lugar. Miraba los objetos y los objetos la miraban a ella. Miraba una taza. Miraban una jarra. Una pieza de fruta. Y la taza, la jarra y la fruta le devolvían la mirada. Se preguntaba en qué estaba dejando que se fuera cada minuto. Cada segundo. En qué perdía el tiempo. Qué había sido de su existencia anterior. «Tengo que irme», repetía. Aunque tal vez sólo lo pensara porque las demás seguían hablando mientras lo decía, sin volverse hacia ella, como si no la oyeran.

No había recibido ningún mensaje premonitorio. Nada que la hubiera avisado de lo que se le venía encima. ¿Pintar tazones? ¿Tejer justo cuando le temblaban las manos?

–Tiene que lavarse –le decían.

De camino a la cocina, de donde volvían con un postre, una nueva servilleta o un cubierto limpio para reemplazar el que se le había caído.

–Como no se lave le va a empezar a doler el pelo.

¿Qué responder a eso?

Coro no decía nada porque por entonces hablaba poco. Sólo las observaba y escuchaba lo que decían para intentar comprender qué estaba pasando. Se centraba en su plato. Se perdía en las conversaciones. La vegetación húmeda, la vegetación seca. La voz de la niña que comentaba que alguien de la casa era capaz de anticipar las tormentas y predecir las horas de sol. Sellar los agujeros por los que se colaban los animales sin que quedara ni un hueco pequeño. Mirándola a ella, a la recién llegada, que no terminaba de captar qué pretendía. Si hacerle ver que estaba entre seres excepcionales o si hacerle ver que no iba a encontrar una sola rendija por la que huir. Aunque tal vez lo dijera por decir algo. Las plantas bajo las que escondían las trampas y las piedras. Entre las que se agitaban los mamíferos que quedaban atrapados en

los lazos a la espera de que alguna de ellas viniera a agarrar la pata enganchada. A dar el golpe de gracia provista de una estaca y una cuerda con que atar la presa al cinturón y transportarla a la casa, donde esperarían las otras mujeres hambrientas que se tragarían los riñones y el corazón a trozos, con arroz.

—¿Sabe que Beethoven prefería mil veces la compañía de un árbol a la de cualquier persona? —le preguntaba la niña.

—No hace falta que responda —decía la mujer llamada Tresa.

Y luego le pedían a la niña que dejara de enredar con una hoja de lechuga.

—¿Cuántas veces hay que repetirte que con la comida no se juega? Cómetela o déjala en el plato, pero no la toquetees más.

Ella se había hecho daño en una muñeca y se la habían vendado, pero aquello iba a ser temporal. Cualquiera día volvería a tener la mano enganchada en su sitio como si nada, y dejaría de dolerle. La casa la estaba poniendo a prueba, le dijeron. Como ya había hecho con las demás, con todas. Sus pequeños contratiempos.

—A las gemelas les cayó encima un nido de avispas.

—Yo me aplasté una mano intentando arreglar una mesa.

En su caso serían los mareos.

Y la fiebre.

Pero lo superaría. Y en cuanto lo superase, todo comenzaría a desarrollarse de un modo normal. La casa la habría aceptado.

—A mí me picó una oropéndola —afirmaba la niña.

Que quería decir escolopendra. Aunque, según le explicaron, no le había picado nada, ni una ni otra.

—Va a ser zoóloga.

–Ve insectos que no existen. Y cuida a las lagartijas.

Coro bajaba la mirada al suelo, en dirección a los perros, y se llevaba una mano a la frente. Desconectada de su auténtica dimensión, su propia identidad. Prestando atención a las historias que contaban. Como la de la cruz de madera que habían clavado cerca del lago hacía años, después de que una de las mujeres se ahogara mientras su perro la esperaba en la orilla.

Cuando no se reunía con ellas, en el salón o en el porche, regresaba a la habitación que le habían asignado y se acercaba a la ventana para, sin mover nada, con cuidado, sin subir la persiana, sólo asomándose a las ranuras abiertas en la madera verde, mirar abajo. Ver qué hacían, cómo se comportaban. Escuchar sus conversaciones sobre los perros, la tierra cribada y el mantillo. Atenta a sus planes. Consciente de que en ese instante estaba donde estaba y de que donde estaba, lo quisiera o no, definía su conducta. ¿Acaso su manera de entender la realidad era radicalmente opuesta a la de esas mujeres?

Así se sentía entonces. Expectante. Incapaz de serenarse.

–En junio salimos a buscar flores para hacer el aceite de hipérico.

–Las recogemos en la madrugada de San Juan. Este año se lo ha perdido.

Por los bordes de los caminos. Para las rozaduras, el dolor de espalda, las quemaduras.

–Por la noche las avispas no salen –decía la niña.

Y ella se veía incapaz de encontrar una explicación para esa reclusión en compañía de unas mujeres a las que no conocía y que se le habían impuesto dando vueltas a su alrededor, espiándola, dejando caer la cabeza hacia delante para explicarle:

–Los días aquí pueden ser muy largos.

Era de noche cuando percibió lo que le estaba sucediendo. Y aunque todavía tuviera que pasar un tiempo para que llegara a comprender que no había nada más importante en el mundo que el agua y generar oxígeno, ya en ese momento comenzó a relacionar el aire que respiraba con la materia pastosa que se le había quedado pegada a los brazos. Ese compuesto que hacía que cada esfuerzo la abrumara y que impregnaba su manera de contemplar el mundo y de contemplarse a sí misma.

Tuvo que encender la lámpara y levantarse de la cama.

Se asomó a la ventana y vio que una pareja caminaba por la calle empujando dos carritos de niño, un niño en cada carrito, sin hablarse ni mirarse. Le dio la impresión de que iban demasiado abrigados para la época del año. Notó una punzada en la garganta y subió los ojos hasta el edificio de enfrente. Hacia las ventanas con las persianas bajadas. Las ventanas con las luces encendidas. Y, en torno, el silencio. Las calles se alargaban y las luces de los semáforos alternaban los colores haciendo que todo pareciera formar parte de un espectáculo. Los verdes y los rojos de los semáforos, los brillos de los escaparates. El paseo nocturno de los dos padres que no se hablaban.

Se había dejado algo olvidado en el taller. Lo sabía y, sin embargo, no podía definir qué era. Qué era...

Al día siguiente lo descubriría. Qué se había dejado en su mesa. O en el suelo, junto a su silla. Qué era...

Fue hasta el baño y se lavó las manos y la cara ante el espejo, pensando que se le pasaría. Que todo se arreglaría con la luz encendida y el agua fría. Que volvería a interesarse por su trabajo. Por la travesía cotidiana que la llevaba hacia el taller y que luego la sacaba de allí y la devolvía a su casa. Pero no se le pasó. Ni el agua ni la luz. Metió la cabeza debajo del grifo y ahí la dejó. Notando cómo se le empapaba el pelo mientras se exigía cosas a sí misma. Recomponerse. Reconstruirse. Volver a Rousseau. A los primitivos flamencos. «Cierra los ojos y verás claramente. Cesa de escuchar y oirás la verdad.» Reconquistar la noción del tiempo. Recuperarse de ese tipo de inconsciencia. Que se le pasara de una vez.

Sacó la cabeza del lavabo. Se secó con una toalla. Se vistió y buscó su bolso. Estaba despierta, completamente lúcida. Revisó el estado de su casa, se dijo que ya había dejado pasar demasiadas oportunidades, y lo que hizo entonces fue salir, bajar al garaje, abrir la puerta del coche y sentarse al volante. No había preparado ningún equipaje ni había elegido ningún libro. Se dejó el móvil en la cama. No tenía nada previsto. Pero podía conducir. Dejar que el suelo rodara bajo sus pies. Controlando los pedales y la velocidad.

Largarse. Hacer lo que quisiera.

Había guardado en el maletero nueve retratos de su hermana. Con cara de sorpresa y los labios apretados. Todos diferentes entre sí. Su hermana detenida en el agua de un canal que corría paralelo a la carretera. Su hermana sujetando una avellana. Agarrándose la garganta. Con los ojos castaños. La prolongada comisura de los párpados. Las manos en las mejillas. La piel amoratada. En vertical si aparecía congelada y en horizontal si apare-

cía ahogada. Con los formatos reducidos de  $27 \times 19$  o como mucho  $35 \times 27$ . Ninguno estaba catalogado. No los había expuesto ni los iba a exponer. Y se parecían en algo más: cada uno debía ser el último, el más perfecto. El que debía perdurar. Su manera de dar algo, ofrecer algo. Darse y ofrecerse algo. Deseando el equilibrio con un afán desesperado, cuando era precisamente esa desesperación lo que le hacía imposible la calma.

Los había ido pintando a lo largo de los años, difuminando las líneas con un algodón. Ella más ella. Heladas las dos. Flotando o braceando para sobrevivir. Como un par de nutrias de río pasando el invierno. El color y la luz de una hermana que tendría siempre la misma cara, acompañada de un hombre que también era siempre el mismo y que se mantenía a su lado como un árbol. El arco de los hombros. Las miradas de una criatura que no sonreía, atenta a los movimientos de las grullas que aparecían de fondo. Rodeada de juncos o de hierba. Como si la pintura pudiera recomponer algo. Como si pudiera reincorporarla a ese otro organismo que ya no estaba.

Condujo hasta el mediodía. Paró para comprar comida sin saber dónde estaba y aparcó bajo una sombra cerca de la tienda. Allí se quedó dormida sin llegar a tumbarse, imaginando lo que dirían los demás al descubrir que se había ido. Una comunidad que había hablado maravillas de sus obras. Que había escuchado sus declaraciones como un apóstol escucha a su Cristo, que había creído lo que ella creía y había interpretado lo que ella interpretaba acerca de las formas clásicas que siempre eran válidas pero que podían actualizarse mediante elementos que generasen incertidumbre. Un método particular y dife-

rente de verlo todo. De concebir sus miniaturas y sus trípticos.

Cuando se despertó se planteó la idea de regresar, pero se la quitó rápidamente de la cabeza. Bebió del bote de yogur líquido y se comió un trozo de chocolate y lo que le quedaba del sándwich. Luego arrancó. Siguió conduciendo, diciéndose estás bien. Estás bien. Repitiéndose que tenía que continuar y que estaba bien. Siempre había buscado el orden, la armonía. En su día a día. En los momentos más silenciosos y en medio de las diatribas de los técnicos, los galeristas, los otros expertos. Orden y armonía. Pero el orden y la armonía resultaban difíciles en su vida porque ella dudaba, se apartaba, subía y bajaba. Y el orden y la armonía huían de espíritus así. El orden habitaba en las mentes estables, firmes, lógicas. Y la suya se había instalado en esa especie de estado intermedio entre el conocimiento y la irrealidad.

No siempre era consciente del hueco que ocupaba en el universo. Su lugar en el espacio.

Lo que sí vio fue que se estaba quedando sin gasolina.

Había salido sin mirar el indicador y ahora el coche la avisaba de que tenía que ir buscando una gasolinera. Aún tendría para unos kilómetros. Treinta o cuarenta. Pero la situación bastaba para ponerla nerviosa por su imprevisión. Por su propia negligencia. Si se quedaba tirada en el arcén no podría ni avisar al seguro porque no se había llevado el móvil.

Se irguió en el asiento y se pasó los dedos por el pelo. Se golpeó las mejillas con el dorso de la mano. Volvió a decirse que estaba bien. Todo iba bien.

No recordaba qué era mejor, si una marcha larga o una corta. Si ir deprisa o ir despacio. Vio una señal, y salió de la autopista. Circuló por una vía paralela a la

carretera principal dejándose guiar por nuevas señales y advirtiendo en el aire un extraño olor a horno, como a pan recién hecho. Giró a la derecha por una cuesta y tomó un desvío. Uno de los carteles anunciaba que se acercaba a una gasolinera en la que había un restaurante. Entró en una rotonda que, en mitad de la nada, la llevó a una carretera secundaria. Pero allí no había más indicaciones ni letreros luminosos que advirtieran de la presencia de ninguna gasolinera.

Una de las luces había empezado a parpadear en el salpicadero y un pitido intermitente le informaba de que el depósito estaba casi vacío.

Pero no debía preocuparse. Todo iba bien.

Paró y al segundo supo que no debería haberlo hecho, porque volver a arrancar implicaría gastar un combustible que no tenía.

Se bajó del coche repitiéndose que no le estaba pasando nada. Nada serio. Nada irreparable. Le vendría bien estirar las piernas y pensar. Se hacía de noche y el aire le pareció más fresco. El suelo olía a tierra mojada. Dio un par de vueltas y se quedó mirando la matrícula de su propio coche como si tuviera que hacerse a la idea de que era el suyo y de que tal vez estuviera a punto de no servirle de nada. Se dijo también los números que eran importantes en su vida. Su DNI. Su móvil, el teléfono de su oficina. Las contraseñas que había memorizado para acceder a sus cuentas del banco. Los nombres de las revistas para las que trabajaba. Tenía que asegurarse de que seguía conectada al mundo. Y repetirse que lo más seguro era que en aquel lugar no hubiera cobertura. Mejor creerlo así que seguir dándole vueltas a la idea de que tendría que haberse quedado en su casa.

Miró al cielo: ni una sola nube.

Se metió otra vez en el coche y arrancó.

Todavía cantaba algún pájaro. La carretera se hizo más espaciosa a los pocos minutos, con las curvas señalizadas y los carriles más anchos. Pero aquel tramo duró poco. Volvió a estrecharse hasta desembocar en un sendero sin asfaltar y sin indicaciones en el que no cabrían dos vehículos enfrentados. Siguió. Sin ningún otro coche cerca ni ninguna población a la vista. En medio de la oscuridad creciente. En esa época del año el sol empezaba a ocultarse más temprano. Anocheceía antes, y pronto no podría ver más allá de lo que alumbraran los faros. Tenía que darse la vuelta, pero no iba a poder hacerlo por las propias dimensiones del camino, que seguía estrechándose. En otras circunstancias, si hubiera hecho las cosas bien, le habría alegrado no encontrarse con nadie. Pero ahora no podía dejar de pensar que la probabilidad de quedarse allí parada, sin saber cómo pedir ayuda, era altísima. Revisó mentalmente lo que llevaba en el bolso y recordó que no había sacado dinero. Llevaba las tarjetas, pero no efectivo. ¿Podía haberlo hecho peor?

Dos paredes de piedra avanzaban paralelas al trazado del sendero, interrumpidas por lo que parecían edificaciones derruidas. Cobertizos o cabañas para guardar a los animales. Puso las largas, pero no descubrió mucho más. No había nada a los lados. Ni un solo cartel. Sólo un poco más tarde, clavada en el tronco de un árbol, una señal de madera le hizo saber que se encontraba en un área protegida y que no podía hacer fuego en la zona ni acampar. ¿Qué haría si el coche se paraba? Conducía despacio, pegada al volante, con la única luz que le daban los faros para guiarse, decidiendo que si el coche se paraba, dormiría en el asiento trasero. O saldría a pedir ayuda en alguna casa. En alguna granja. Eso era lo que se decía a sí misma mientras se movía entre las sombras generadas por los faros en un espacio que resultaba cada

vez más angosto e irregular. En medio de una confusión que se le iba haciendo más y más impresionante. En un camino que no parecía llevar a ningún sitio.

Seguía distinguiendo un olor como a horno encendido. Al llegar a una curva que le pareció más amplia, quitó las largas e intentó dar la vuelta. Comenzó a maniobrar. Llevó el volante hacia un lado, cambió la marcha, pisó el pedal y echó el coche hacia atrás. Sin detenerse, giró el volante hacia el otro lado, cambió la marcha, avanzó un poco y llevó el volante hacia el lado del principio. Apenas se movió. Bajó la ventanilla para ver qué estaba haciendo, sin querer imaginar que pudiera golpear a un gato. O dar con una piedra en punta. Tenía que seguir. Volvió a subir la ventanilla y llevó el volante hacia un lado, hacia el otro. Pisando los pedales hasta el fondo. Moviendo el coche centímetro a centímetro. Calculando las medidas de largo y de ancho. Controlando el espacio para que todo funcionase, al tanto de que aquellas sacudidas estarían consumiendo mucha gasolina. Y de que quizá no lo lograra. En esta ocasión quizá tuviera que asumir que no estaba en su mano lograrlo. Que no iba a poder dar la vuelta. Que el coche no cabía ni giraba lo suficiente.

Enderezó las ruedas. Revisó el indicador de gasolina, que no se había movido. No obstante, decidió dejarlo.

El sendero y todo lo que le daba forma comenzó a deslizarse de nuevo bajo las ruedas, delante del motor, detrás del maletero. Avanzando despacio. ¿De verdad se había perdido? ¿De verdad le estaba pasando a ella? Se frotó la frente mientras se decía que debía establecer consigo misma la distancia habitual a la que recurría en los momentos de tensión, cuando había que tomar decisiones y procuraba internarse en ese estado de inercia que debía parecerse a la despreocupación y que la ayudaba a

repetirse que todo daba lo mismo, que nada era lo suficientemente importante como para dejarse alarmar, de manera que sus nervios parecieran no ser suyos, sino de otra persona. Con la impresión de no existir como carne. Haberse convertido en otra cosa. En un trazo de carboncillo. En la cuerda de un violín.

Pero era su coche, con ella dentro, lo que estaba atrapado en ese sendero, y le resultaba difícil sustraerse a esa realidad.

Se trataba de una certeza: no había nada que hacer.

Ya no olía a pan. Oyó un ladrido.

Le pareció que había un burbujeo a la derecha y pensó que lo mismo estaba pasando junto a una depuradora porque olía mal. Como un estercolero.

Debía seguir conduciendo, y si el coche se paraba, tendría que dormir en el interior hasta que amaneciera. Esperar. Sin que nadie hiciera ningún comentario. Sin que nadie se enterara y la avergonzara ante los demás.

Y a la vez se resistía a aceptarlo.

No tenía ni idea de por dónde iba. Había árboles a los lados. Lo mismo estaba circulando por un camino paralelo a la autopista o lo mismo llegaba a un atajo que fuera a dar un giro para regresar a la carretera principal. Incluso podía suceder que el propio sendero desembocara allí, en el tráfico normal de la noche. Se llevó una mano a la nuca porque sintió que algo se le desplazaba por la piel, y redujo la velocidad. Tenía que dejar de analizar su situación del momento, que no era más que una situación pasajera, y darse cuenta de que no estaba en peligro. Nadie la seguía. No había nadie amenazándola. Sólo debía estar alerta. Pendiente de cada desnivel y de las curvas. De cada poste lateral. De cada árbol y de cada

piedra. Encendió la luz del interior porque seguía notando algo en el cuello, y vio que una mariposa se había colado en el coche. Tenía que hacer que saliera porque empezaba a golpearse contra el techo. La localizó en el retrovisor central. Tan pronto velada como luminosa. Incapaz de quedarse quieta.

La siguió con la mirada. Los tonos de las alas oscuros y al segundo, brillantes. Dándose contra los cristales de las ventanas. El dibujo de una mariposa era la imagen de una mariposa y no la propia mariposa. Pero aquello era una mariposa de verdad. Volvió a localizarla y siguió el revoloteo. Bajó de nuevo la ventanilla esperando que se marchara, pero la mariposa no dejaba de golpearse, ahora contra los cristales traseros, sin entender que no era por ese sitio por donde debía salir. Quizá le estuviera sucediendo a ella lo mismo. Quizá hubiera alguien cerca o lejos, arriba o abajo, deseando explicarle cómo salir de esa carretera, pero ella no terminaba de enterarse. No sabía interpretar las indicaciones. Al menos, intentaría evitarse los topetazos que se estaba dando la mariposa contra los asientos en su afán de escapar.

Le pareció distinguir un cauce a la izquierda. Un reguero. No quería ni plantearse la posibilidad de que por ese margen, en un trazado semejante al suyo, corriera un canal. La larga hendidura de cemento en la que se había quedado su hermana transformada en un cristal de mar, una piedra de río, entre las algas y las raíces sumergidas, después de haberle dicho días antes que había oído cómo una cascada caía por debajo de su almohada. Una premonición. O una advertencia. Durante el sueño de una niña que clavaba en la pared los dibujos que hacía ella, en los que aparecían las dos junto a una casa que no era la suya, y bajo la que venía escrita la frase *Il était une fois*. Su hermana, que no era asustadiza ni desconfiada,

que no estaba sola porque nunca había estado sola, allí suspendida, sin llegar a rozar el fondo, bajo el punzante fulgor del sol o entre los azotes de un viento que generaría ondas en la superficie opaca del agua de un canal que tenía la textura del aceite.

Cada vez que los faros iluminaban un árbol, el árbol cobraba vida. Se desplazaba. Se echaba sobre ella. La examinaba y la envolvía aislándola aún más. Había perdido la esperanza de ir a dar a la autopista. Tenía prisa y a la vez debía conducir muy despacio porque los baches exigían toda su atención. Tal vez tuviera que andar. Bajarse del coche y enfrentarse a la oscuridad que la rodeaba. Buscar una casa adentrándose en el terreno de rocas y gravilla. Dejarse rozar por las hojas de las plantas o, finalmente, dejarse caer boca arriba y acceder a que los parásitos hicieran con su cuerpo lo que fuera que hacían los parásitos con los cuerpos. Que el suelo vibrara bajo su espalda y se abriera en una sima para acogerla, envolverla y abrazarla hasta dejarla inconsciente y de ese modo permitir que descansara de una vez. Advirtiéndole en su asfixia cómo le entraba tierra en los ojos y los labios. Cómo le arañaba la piel. Cómo le crecía arena en la lengua y arena en la garganta. En la nariz. Sin poder respirar aire, sólo masticar guijarros. Al tanto de que un montículo verde crecería sobre ella poblado de helechos y de flores campánula. Una zarza. Un peral. Al que se aproximarían los mamíferos y los pájaros sin saber que ella vivía debajo, con los ojos abiertos. Preguntándose qué hacía allí y por qué se estaba dejando pudrir allí. Tras haber metido la cabeza en un agujero.

La mariposa había dado por fin con la salida y ella subió la ventanilla. Aun así, oyó nuevos ladridos y un aullido

que le pareció el berrido de un bebé, pero que sería el alarido de un ave. La bajó, a ver si conseguía definirlo. Pero tuvo que volver a subirla porque las ramas más bajas de los árboles rozaban ahora el techo y el parabrisas.

Había dejado de pensar en el cauce. Vio a un lado, junto a la pared, una pila de tablones a la que seguía una nueva pila de tablones idénticos, alargados, de un color que parecía gris. Los miró sin detenerse, sólo reduciendo la velocidad aún más, con cuidado de no darse con ellos. Si chocaba con uno podía reventar una rueda. Había más pilas de tablones pasados unos metros. Iguales a las anteriores. Instaladas también al otro lado. Con las esquinas picadas. Tenía que avanzar con tanta cautela que casi no se movía, y le pareció volver a oír el aleteo de la mariposa. Pero no podía ser. Alzó los ojos hacia el retrovisor para ubicar lo que fuera que estaba generando ese nuevo sonido en el interior del coche. Dejó de mirar a un lado y a otro, sólo al espejo, y cuando regresó al frente tuvo que frenar. Ahora sí, de manera definitiva.

El camino terminaba ahí. Ante una verja de color negro que estaba cerrada. No había manera de continuar. Había llegado al final del sendero. Ahí acababa todo y ya daba lo mismo lo que ella quisiera hacer. Por muy célebre que fuera en su pequeño círculo de personas célebres. Por muchas miniaturas que hubiera expuesto y vendido. No serviría de nada mandarse a sí misma más mensajes complacientes que apelaran al sentido común. Qué iba a hacer con todo su sentido común si se encontraba ante una valla que ponía fin al camino que había recorrido hasta ese momento y cerraba una propiedad en la que no podía entrar. No tenía más remedio que parar y daba lo mismo que pretendiera insistir o no, aferrarse o no a un plan que en su cabeza terminaba felizmente. El paso se cerraba ahí, sin ninguna señal de aviso. Sin ningún cartel.

Todas sus ideas daban lo mismo. Y todo su empeño también.

Dejó las manos en el volante intimidada por los alborotos de los pájaros nocturnos. Los zumbidos de los insectos. Reparando en cada uno de sus sonidos, convertidos esa noche en puro estruendo ahora que había apagado el motor. No salió. Se quedó sentada, observando los tablones que estrechaban el sendero aún más, pensando que tal vez el camino siguiera al otro lado de la verja y que tal vez por allí pudiera regresar a la carretera.

La vegetación verde y la vegetación vieja. El camino podía extenderse hasta el infinito, que a ella no le afectaría en absoluto. No había manera de saberlo.

Tenía los labios secos.

¿Cómo iba a darse la vuelta si no podía mover el coche?

Ábrete puerta. Puerta ábrete.

Ábrete puerta. Puerta ábrete.

No parecía que aquello fuera a funcionarle.